

DE LA GENEALOGÍA A LA PROSOPOGRAFÍA: DE LOS ESTUDIOS DE RIVA-AGÜERO A NUESTROS DÍAS

Paul Rizo Patrón Boylan

Nos encontramos aquí reunidos para conmemorar el 45 aniversario de la fundación del Instituto Riva-Agüero, creado en 1947 poco menos de 3 años después de la muerte del insigne humanista doctor José de la Riva-Agüero y Osma. Ocurre esta celebración dentro del año en que se celebra el 75 aniversario de la fundación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, la misma que tiene una gran deuda de gratitud para con el doctor de la Riva-Agüero, tanto en lo material como en lo intelectual.

A diferencia del doctor José Agustín de la Puente, del doctor Guillermo Lohmann Villena -quien prologara sus estudios de Genealogía Peruana- o de los desaparecidos Víctor Andrés Belaunde, Jorge Basadre o José Jiménez Borja -que analizaron otras de sus obras y la trayectoria de su vida- la mayoría de los aquí presentes no pudimos conocer personalmente a quien hoy recordamos. Muchos de nosotros pertenecemos a generaciones nacidas muy posteriormente a su muerte, para las cuales el mundo actual se presenta en tantos aspectos de manera muy diferente y hasta ajena al mundo de don José de la Riva-Agüero y Osma. Sin embargo, no dudo que entre los asistentes a este acto conmemorativo hay quienes, salvando la brecha del tiempo, se acercan al pensamiento y a muchos de los intereses y valores fundamentales de quien fuera el propietario de esta casona, principalmente en lo que se refiere al Perú y a la necesidad de encontrar en nuestro pasado las raíces de una grandeza hoy perdida pero que deberá germinar y cultivarse nuevamente.

Aparte de ser miembro de este Instituto que lleva su nombre y de mi carrera de historiador, hay otro campo en el cual me siento cercano a don José de la Riva-Agüero, seguramente al igual que varios de los presentes: es en el interés por los estudios de genealogía y fundamentalmente en los de genealogía peruana.

Etimológicamente genealogía es, como todos podemos deducir, ciencia o tratado de la progenie o de las familias. Más extensamente ha sido definida como la

ciencia, complementaria o auxiliar de la historia, que por medio del estudio de documentos fidedignos se ocupa de establecer el parentesco entre familias y el origen, descendencia y alianzas de las mismas.

También se ha sostenido que la genealogía es la más democrática de las disciplinas, al tener todo ser humano dos madres, cuatro abuelos y demás antepasados. En teoría lo es y debiera serlo. Históricamente, sin embargo, la práctica genealógica, cuyos orígenes se remontan a las más antiguas civilizaciones del mundo a través del culto a los muertos y al registro de las sucesiones dinásticas vinculadas al poder político, ha resultado mucho más aplicable en grupos de elite, de cuyo paso a través del tiempo han quedado más huellas que de grupos subalternos.

Aun cuando en el mundo católico posterior al Concilio de Trento se hizo obligatoria la inscripción en las parroquias de todos los nacimientos matrimonios y defunciones de los fieles, mayor cuidado mereció siempre el registro de los grupos socio-económicos elevados.

En el Perú este hecho fue evidente ya desde el siglo XVI, y la práctica de la investigación nos demuestra que durante todo el período colonial y gran parte del republicano los escribas parroquiales no sólo cuidaban más su caligrafía sino que anotaban más información al tratarse de gente de fortuna o posición exaltada. Los libros de las parroquias más importantes han sido por lo general mejor cuidados (aún cuando hay excepciones), mientras que los libros de pueblos apartados o pequeñas comunidades rurales solían perderse o deteriorarse con los años.

Hay que tener en cuenta, además, que la gran mayoría de información testamentaria -aquella otra gran fuente genealógica- proviene de grupos sociales medios y altos, básicamente urbanos. Teniendo más bienes que asegurar en sucesión y más disposiciones que dejar tras la muerte, dichos grupos han proporcionado el grueso de los testamentos a lo largo de la historia. Y los datos que consignan los testadores no sólo nos dan más información sobre sus relaciones de parentesco, sino que nos ilustran sobre su posición económica, su vida cotidiana, su mentalidad...

También hay que considerar que en países como el Perú sólo existe un muy pequeño grupo que, comparativamente hablando, ha podido y puede aún dedicarle tiempo y recursos a la investigación genealógica, allí donde nace de una curiosidad

por esclarecer orígenes familiares de cada individuo. Porque es en el estudio de la propia familia donde fundamentalmente se ha desarrollado el interés genealógico.

No queriendo adentrarme en el tema de las genealogías prehispanicas, registradas por los cronistas de forma obligadamente eurocéntrica, el quehacer genealógico de los colonizadores y demás inmigrantes españoles de los siglos XVI al XVIII, y el de sus descendientes criollos, se centró básicamente en la necesidad de probar estirpes hidalgas, blasones y limpiezas de sangre, para poder acceder a determinados puestos públicos, órdenes nobiliarias, distinciones de diversa índole y matrimonios ventajosos.

Para tal fin, en no pocos casos, se procedió a la alteración de los datos, buscando enaltecer el linaje y lograr así la movilidad social ascendente que se buscaba. Esto ocurría cuando el carácter científico de la genealogía no era todavía del todo aceptado, es decir cuando el dato se obtiene de fuentes documentales probadas como ciertas.

Distingamos que la noción de estirpe o linaje, cuya importancia se ha hecho residir en el ejemplo que el honor de los antepasados proyecta sobre el presente y hacia el futuro, no necesariamente tuvo el carácter agnaticio (o patrilineal) que se ha ido haciendo preferente con el tiempo aun en el mundo hispánico, quizás con la afirmación de los apellidos patrilineales en los siglos XVII y XVIII, lo que resulta casi exclusivo en realidades como la inglesa o la francesa hasta el día de hoy.

Al respecto quiero citar a Marguerite Yourcenar, la autora de *Memorias de Adriano*, *Recordatorios* o *Archivos del Norte*, obra esta última en la que nos dice:

Debido a nuestras convenciones familiares basadas en un apellido que se transmite de padre a hijo nos sentimos equivocadamente unidos al pasado por un débil tallo, al que vienen a insertarse, a cada generación, los apellidos de las esposas, siempre considerados como de interés secundario, a menos que sean lo suficientemente brillantes como para sacar de ellos vanidad. En Francia, sobre todo, lugar de elección de la ley sálica, descender de alguien por las mujeres parece casi un chiste. ¿Quién -salvo excepciones- sabe el apellido del abuelo materno de su bisabuela materna? El hombre que lo ha llevado cuenta, no obstante,

con la amalgama de la que estamos hechos, tanto como el antepasado del mismo grado de parentesco cuyo nombre heredamos... El ángulo en cuya punta nos encontramos se abre detrás de nosotros hasta el infinito. Visto de esta suerte, la genealogía, esa ciencia tan a menudo puesta al servicio de la vanidad humana, conduce en primer lugar a la humildad, por el sentimiento de lo poco que somos entre esas multitudes.

Ya advierte la autora sobre el vínculo entre genealogía y vanidad, realidad especialmente visible allí donde se identifica a la genealogía con la nobiliaria. De donde se desprende la exigencia de que los genealogistas sean realistas y rigurosos en sus métodos y exposiciones.

En el caso peruano la evolución en ese sentido se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos XIX y XX. Cabe mencionar los esfuerzos de Manuel de Mendiburu, no exactamente un genealogista, quien se preocupó en destacar filiaciones, ascendencias y entronques familiares en las biografías de su *Diccionario Histórico-Biográfico*, aparecido desde 1874. Su mérito es innegable, a pesar de los errores, la credulidad y candorosidad en que incurrió muchas veces en las generaciones y en los enlaces, como señala Riva-Agüero en su obra *La Historia en el Perú*.

Asimismo están las relaciones genealógicas hechas por Enrique Torres Saldamando en artículos de la *Revista Peruana*, en la edición del *Libro Primero de Cabildos de Lima* y su obra *Los Títulos de Castilla en las familias de Chile*, todos ellos aparecidos a fines del siglo XIX.

Comenzando el presente siglo, en 1905, salió a la luz la obra *Apuntes para la historia de la sociedad colonial*, de Luis Varela y Orbegoso, quien basándose en documentos de familia constituyó “un cuadro bastante completo” sobre las familias e individuos que ocuparon la más alta posición de su época, poniendo de relieve la importancia de las conexiones de parentesco en los círculos de poder durante el Virreinato.

Pero no sería sino hasta la aparición de José de la Riva-Agüero en la escena historiográfica que la genealogía cobraría el sitio que le correspondía como ciencia complementaria de la historia. Al decir de Guillermo Lohmann “pocos como Riva-Agüero estuvieron dotados para esta modalidad de diligencias reconstructoras del pasado, con precursores en España de la talla de Salazar y

Castro -el supremo linajista- y del insigne restaurador de esta rama de la historia, Fernández de Béthencourt”.

Las dotes de Riva-Agüero para el quehacer genealógico residieron no sólo en su inteligencia y sus profundos conocimientos de la historia sino también, quién puede discutirlo, en la enorme carga de tradición que recibiera desde su nacimiento y en su entorno familiar.

Siendo el hijo único de don José Carlos de la Riva-Agüero y Riglos y de doña María de los Dolores Carmen de Osma y Sancho Dávila, fue el depositario de anécdotas, historias y relatos, así como de un muy considerable fondo documental y bibliográfico entre el cúmulo de legados materiales e intelectuales que recibió de sus mayores por los cuatro, sino dieciséis, costados de su ascendencia. Esta se encontraba entre las más ilustres del período colonial, remontándose muchas de sus ramas y en repetidas veces a los primeros conquistadores de estas tierras. Su bisabuelo paterno fue el primer presidente peruano, homónimo suyo, casado -por añadidura- con una princesa belga del antiguo Imperio Romano Germánico. Por su padre provenía también de los Riglos, Díaz de Rábago, Abellafuertes y Querejazu, así como de los Sánchez Boquete y Román de Aulestia, éstos últimos marqueses de Montealegre de Aulestia, por mencionar tan sólo algunos de los linajes de los que era heredero. Pero es indiscutible que siempre se sintió más cercano a la familia de su madre, en cuya casa -hoy sede del Instituto- vivía con su abuelo materno y un buen número de tías y tías abuelas. Doña María de los Dolores descendía, por su madre, de los Osma y Ramírez de Arellano, estos últimos Baquíjano y por lo tanto Condes de Vistaflorida, mientras que por su madre lo hacía de los Sancho-Dávila, marqueses de Casa Dávila y señores de Valero, de los Mendoza, Salazar y Zárate y nuevamente Sánchez Boquete y Román de Aulestia.

Por sucesivas herencias fue don José propietario de muchos bienes e intereses colocados en la minería, la banca y la agricultura. Baste recordar el fundo Pando, legado a la Universidad Católica, así como los bienes urbanos que hoy administra la Universidad.

El suyo fue el caso, ya raro a fines del siglo XIX, del descendiente de primeras familias coloniales, que por entramadas genealogías concentró en su persona los restos de sus patrimonios familiares que pudieron sobrevivir a la Independencia y a las vicisitudes del siglo pasado. Contó, pues, con un desahogo económico lo suficientemente grande como para proseguir sus

intereses intelectuales y académicos sin tener que distraerse en actividades más prosaicas.

Pero no sería sino hasta pasados los 35 años de edad que su interés por la genealogía se haría manifiesto en diversas publicaciones que iría haciendo hasta sus años finales. Hasta 1919, año en que se autoexiliaría a España, la trayectoria de Riva-Agüero se ve influenciada por sus lecturas de Taine, Menéndez Pelayo, Nietzsche, Sainte Beuve, Anatole France y Remy de Gourmont, así como por su paso brillante por la Universidad. Graduado de Bachiller en Letras con su tesis titulada *El carácter de la literatura en el Perú Independiente* y de Doctor en Letras con *La Historia en el Perú*, realizó en 1919 el famoso viaje por los Andes del Sur del Perú, plasmado su recorrido y sus impresiones en la obra *Paisajes peruanos*.

Riva-Agüero pertenece a la generación llamada del 900, aquella que creció en los duros años de la reconstrucción nacional después de la humillante guerra con Chile. Los de su generación, que incluía a Víctor Andrés Belaunde, Francisco y Ventura García Calderón, Oscar Miró Quesada, José Gálvez, Felipe Barreda Laos, Juan Bautista de Lavalle y otros, reconocían en la ausencia de una verdadera clase dirigente al frente de los designios del país tanto la derrota sufrida como buena parte de los males que aquejaban al Perú. La nobleza de origen colonial, a la que hubiera correspondido ese rol, había devenido en ser, según su frase célebre, “pobre y boba aristocracia criolla, incapaz de toda idea y de todo esfuerzo”. Sería reemplazada, según Riva-Agüero, por “brutales y rapaces pretorianos” y luego por una “oligarquía financiera mesocrática, tan débil e inepta como la nobleza colonial”, y sin las compensaciones que veía en ésta.

Según Luis Alberto Sánchez, los ideales de esta generación del 900 quedaron expresados por Francisco García Calderón en su búsqueda de la solidaridad continental, el idealismo, el latinismo y el gobierno de las elites.

Iba tomando forma en José de la Riva-Agüero la noción urgente de que una elite responsable con conciencia histórica de sus raíces y sus deberes condujera al Perú por mejor camino.

En 1915 fundó el Partido Nacional Democrático, que buscaba renovar moral y doctrinariamente a la política nacional, y que hubo de disolverse con la revolución de Leguía. Desde entonces su emigración con su madre y su tía Rosa Julia, permanencia europea que lo marcaría y lo volcaría con fuerza en sus intereses genealógicos.

No sabemos a ciencia cierta a qué se debió el que floreciera esta inquietud -esta pasión, diría- al parecer tan súbitamente. Quizás al verse forzosamente apartado de sus proyectos políticos y, por qué no, al querer rememorar sus raíces y a través ellas hacerse de un sitio en un medio, que finalmente no era el suyo, donde pervivían las monarquías y las instituciones nobiliarias. Posiblemente reconociendo en los títulos una muy útil carta de presentación en los círculos sociales y hasta intelectuales europeos, don José de la Riva-Agüero insta a su madre y a su tía a que rehabiliten los marquesados de Montealegre de Aulestia y de Casa Dávila, respectivamente, títulos que heredará a la muerte de la primera en 1926 y 1930 la segunda. Buscó también evitar que los rehabilitasen personas sin derecho que solían recurrir a la llamada genealogía de sifón (algún tronco común con el primer titulado, varias generaciones atrás) para arrebatarse títulos hispanoamericanos a sus legítimos herederos.

A su estadía en Europa corresponden dos obras con fuerte ingrediente genealógico, sin ser ninguna de las dos obras puramente de genealogía. La primera constituyó el único libro redactado y publicado por Riva-Agüero durante su permanencia europea, ya que la segunda fue una adición a la historia genealógica de Fernández de Béthencourt. Tenemos pues a *El Perú histórico y artístico; influencia y descendencia de los montañeses en él*, libro cuya primera parte estudia varios aspectos de las civilizaciones peruanas prehispánicas, mientras que la segunda y tercera parte tratan sobre los entronques de antiguas familias de origen montañés en el Virreinato del Perú, en torno a grandes temas como el carácter de la Conquista, las guerras civiles, las encomiendas, la reorganización del Perú bajo Toledo, la cultura intelectual y artística de los siglos XVI, XVII y XVIII, la decadencia política y económica del Perú en este último siglo, la historia eclesiástica, las guerras de Independencia y otros. La segunda obra es una biografía de don Fernando de Castro Bolaños y Rivadeneyra, Gobernador del Callao y General de la Mar del Sur a principios del siglo XVII, refiriéndose también a su descendencia en Perú.

Riva-Agüero regresa al Perú en 1930, coincidiendo su llegada con la caída de Leguía. Vuelve reforzado en su hispanismo y en su tradicionalismo. Según el doctor Lohmann Villena, Riva-Agüero habría entendido la tradición como patrimonio acumulado por los que nos han precedido en el tiempo, en cuyo reconocimiento hallamos conciencia histórica, asumimos el pasado crítica y respetuosamente, y labramos el futuro con responsabilidad. Para Riva-Agüero en el Perú la tradición debía estar contenida en la herencia española, que incluía la religión católica, el lenguaje castellano, la familia, deberes e ideales encumbrados. Con ello habría de construirse la nación,

pero siempre en síntesis con los aportes de la raza autóctona y aun de otras procedencias.

Con esta mística y este propósito, Riva-Agüero aceptó ser Alcalde de Lima de 1931 a 1932 y en los dos años siguientes Ministro de Instrucción, Culto, Justicia y Beneficencia, cargo éste al que renunció por negarse a firmar la promulgación de la Ley del divorcio, que consideraba destruía las bases de la familia.

Quizás el deseo de nuclear a una clase dirigente en torno a la conciencia de su pasado histórico animara a Riva-Agüero a publicar en 1935 una versión definitiva de su obra *El primer alcalde de Lima Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad*. Este trabajo traza las biografías del referido conquistador y de sus hijos, y busca seguir la descendencia de todos ellos, cubriendo con dicho esfuerzo a gran parte de la aristocracia criolla de todo el período virreinal, a su vez antepasada de muchas familias republicanas. Fue, sin duda alguna, su obra genealógica cumbre, acompañada por la restauración de la capilla y cripta sepulcral de Nicolás de Ribera y sus descendientes los Condes de Santa Ana de las Torres, en la Catedral de Lima.

Fuera de escribir unos cortos artículos genealógicos sobre los Maldonado, los Aliaga y algunos más, consignados en el tomo sobre *Estudios de Genealogía Peruana* en la serie de sus *Obras completas* editada por la Universidad Católica, don José de la Riva-Agüero publicó en sus últimos años su obra *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*, que reunía todas las ideas que había expresado desde 1922 en artículos conferencias y demás producción dispersa. Sus actividades al frente de diferentes instituciones y sus viajes le impidieron realizar más ensayos y monografías de tipo genealógico, antes de que falleciera el 25 de octubre de 1944. Pero su influencia quedó y su obra sirvió de inspiración a quienes pudieron conocerla, muy especialmente sus amigos y sus discípulos.

Tal vez no fue coincidencia que al año de su muerte, un 8 de noviembre de 1945, se fundara el Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas. Su primera revista, aparecida en junio de 1946, manifiesta el deseo del Instituto “de contribuir al desarrollo de los estudios de historia nacional, mediante investigaciones genealógicas (que incluirán) el estudio de los ayllus imperiales, los cacicazgos aborígenes, el examen de la gloriosa fronda genealógica española y el aporte de los linajes extranjeros que se establecen durante la República. Es decir, el espíritu ancestral de nuestra tradición”. Declaración que parece dictada por Riva-Agüero, en su visión sintética de nuestra nacionalidad. No en balde figuraban entre los primeros miembros de número del Instituto amigos o discípulos de Riva-Agüero

como José Gálvez, Juan Bautista de Lavalle o Raúl Porras Barrenechea. También estuvo Luis Lazarte Ferreyros quien en 1938 publicó un estudio genealógico titulado *Familias establecidas en el Perú durante la Conquista y el Virreinato*.

Los años y décadas siguientes vieron una crecida y muy calificada producción genealógica en el Perú, sea en artículos de la Revista del IPIG o en publicaciones independientes. Entre estas últimas merecen especial mención *Mis Antepasados* (1951) de Guillermo Swayne Mendoza, obra que ha sido llamada la “biblia de la genealogía peruana” por la tremenda prolijidad y el esmero en el acopio de datos de cada uno de los antepasados del autor hasta sus quintos abuelos y aún más atrás; *Mis Ascendientes* (1955) de Manuel Bustamante de la Fuente, trabajo muy útil para conocer segmentos de la sociedad colonial y republicana de Arequipa; y las obras de Felipe Barreda y Bolívar, tales como *Manuel Pardo Ribadeneyra* (1954), *Dos Linajes* (1955), *Elespuru* (1957), *Al Servicio del Perú* (1958) y el artículo sobre los Garland aparecido en el No. 6 de la Revista del IPIG en 1953, trabajos en los que despliega un esfuerzo y una calidad muy al estilo de su pariente y contemporáneo Guillermo Swayne, cuya obra ayudó a editar.

Largo sería enumerar y detallar los aportes a la historia local y regional proporcionados por diferentes genealogistas en la Revista del IPIG entre 1946 y 1975. Baste como ejemplo la mención de Jerónimo de Aliaga Derteano, Juan Bromley, James Jensen de Sousa Ferreyra y Rosa Pérez Cánepa en sus estudios sobre familias de la nobleza limeña; José Antonio del Busto y su detallado y biografiado trabajo sobre la casa de Peralta en el Perú; Luis Cúneo, sobre Tacna y Arica; Alberto Rosas Siles y sus investigaciones sobre familias iqueñas y otras; Ferdinand de Trazegnies y Pedro Terry García, ambos directores del Instituto y autores de varios artículos cada uno; Jorge Zevallos Quiñonez e Isabel Zizold de Ruzo, autores de estudios sobre Lambayeque el primero y sobre Moquegua y Cuzco la segunda.

Luego de 1975 la Revista del IPIG dejó de aparecer y el Instituto no pudo funcionar con igual dinamismo que antes, pese al esfuerzo de sus distintos directores. Correspondiendo esto con los años del Gobierno Militar que minara las posibilidades económicas de muchos de los miembros de número del Instituto, este hecho parece corroborar la aseveración de que la investigación genealógica suele ser practicada mayoritariamente por quienes tienen tiempo y recursos para ello.

Ya no sería sino hasta 1990 en que la revista del Instituto volviera a salir a la luz, esta vez gracias al empeño y tenacidad del actual director señor Embajador Alberto

MacLean Urzúa, quien ya tiene otro número en prensa y proyectos para otros más.

Los trabajos genealógicos que vayan saliendo a la luz seguirán aportando instrumentos al moderno historiador para comprender los sistemas sociales y redes de parentesco en nuestro pasado. Contribuirán, por lo tanto, a los estudios llamados prosopográficos que tanta utilidad tienen en la historia y que vienen siendo efectuados en número creciente en la historiografía internacional.

La palabra “prosopografía”, término complicado de pronunciar y desconocido por muchos, significa apenas “descripción del exterior de una persona o un animal” (mientras “etopeya” significa descripción de las acciones y costumbres de una persona). Sin embargo, prosopografía se usa como sinónimo de biografía colectiva, o el estudio del fondo común y características de un grupo de actores en la historia por medio de un estudio colectivo de sus vidas. Así emplea el término el historiador inglés Lawrence Stone, interesado fundamentalmente en temas relacionados con la elite, la familia, el matrimonio y otros, todos o casi todos de la Inglaterra del siglo XVI en adelante. Entre sus obras destacan: *La crisis de la aristocracia*, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra de 1500 a 1800*, *Una elite abierta* y *El pasado y el presente*, libro en el que precisamente se ocupa de la prosopografía y traza su método. Éste consiste en establecer un universo a estudiar y luego plantearse una serie de interrogantes sobre el mismo. La información obtenida sobre los distintos personajes del universo se yuxtapone y examina en busca de variables significativas y de correlaciones tanto internas como con otras formas de comportamiento. Su propósito es fundamentalmente el de servir de herramienta para atacar dos de los problemas básicos de la historia: las raíces de la acción política (los intereses que están detrás de la retórica), y la estructura y movilidad social.

Se sostiene que este tipo de estudios funciona mejor para las elites, pues naturalmente existe mayor cantidad de información acumulada sobre los grupos socialmente elevados, como hemos visto que sucede con la genealogía. En todo caso, Stone recomienda que los grupos sean fácilmente identificados, relativamente pequeños, en un limitado período de tiempo de no más de 100 a 150 años, que la información sea extraída de una gran variedad de fuentes que se complementen y enriquezcan unas a otras y que el estudio se dirija a la solución de un problema específico.

He traído a colación este método de análisis pues es el que básicamente usara en mi tesis de bachillerato para estudiar a la nobleza de Lima entre 1700 y 1850,

fundamentalmente en torno a tres instituciones, que fueron la familia, el matrimonio y la dote. El método funcionó pues el tema reunía prácticamente todos los requisitos señalados por Stone, además de que se vio complementado perfectamente por firmes armazones genealógicos que permitieron conocer las relaciones entre los miembros y poner de relieve los entramados de parentesco detrás de sistemas de poder económico, social o político.

El método se ha usado en México y Argentina para estudiar sus elites coloniales por diferentes autores en la última década. En nuestro país su aplicación tiene muchas posibilidades, según la conservación de documentos que permitan su análisis. Es particularmente beneficioso en el estudio de elites regionales, de instituciones, así como en el de grupos urbanos o comunidades rurales cuyos archivos contengan la suficiente información que aportar. La aplicación de la ciencia genealógica en este tipo de esfuerzos le da una utilidad muy práctica y permite que se constituya, como lo observa Marguerite Yourcenar, en una ventana abierta a la historia de un pueblo. □